

otros se consagraron por puro sacrificio, y hasta no faltó quien llevó consigo una pensión para mantenerse. Más aún, algunos pidieron habitación en la casa, para estar más al alcance de los niños. Deseábalo así nuestro Santo, ¿pero entraba en los designios de Dios aquel principio de Comunidad? Tenía costumbre José de no hacer nada sin estar de ello bien seguro. Resolvió, pues, dirigirse á la suprema autoridad, porque su primer Señor, el Cardenal Marco Antonio Colonna, le había dicho otra vez que era la voluntad de Dios que viviera en su palacio. Sólo el oráculo infalible podía reformar aquella decisión. Resolvió ir á echarse á los pies del Soberano Pontífice, y pedir consejo á él solo.

Estaba persuadido el Papa Clemente VIII de la necesidad de Escuelas populares para toda la cristiandad, y era éste su deseo más ardiente. De modo que apenas comenzó San José á exponerle sus dudas, le interrumpió, aprobando y robusteciendo su resolución. Fué más lejos todavía, le exhortó á formar una Congregación de Clérigos para dirigir y perpetuar sus florecientes Escuelas, y le dió la bendición.

Satisfecho José, fué inmediatamente á pedir permiso al Cardenal Ascanio Colonna, tío del príncipe Felipe Colonna, que, ya de veintidós años, había terminado su educación religiosa, y podía fácilmente pasar sin José. Es verdad que D. Felipe era tío del Condestable Marco Antonio III, y que había sido designado José para la educación espiritual de aquel niño. Pero como no tenía más que cuatro años, pues Felipe II lo había hecho Condestable á los siete meses, no necesitaba todavía un teólogo, y había tiempo para buscar otro. Por aquel lado ningún lazo le sujetaba. La casa de Colonna sintió grandemente su partida, porque todos le consideraban Santo, y le amaban como á padre. Cedieron, á su pesar, á las consideraciones del bien público, y consintieron en una marcha que sin embargo no alejaba mucho á su tan amado padre, teniéndolo todavía á su alcance. Abandonó Calasanz el Palacio que había ocupado desde su llegada á Roma, su habitación tan próxima al Santísimo Sacramento, aquellos lugares testigos de tanta austeridad, de tantas y tan íntimas manifestaciones de Dios, y lleno de gozo, porque se lo exigía la voluntad divina, se dirigió á la humilde casa, nuevo palacio que debía dar abrigo á tantas miserias físicas y morales.

Instaló las Escuelas en el piso más cómodo de las dos casas, reservando la habitación más amplia para Capilla, destinada á las instrucciones, conferencias y catecismos, para Oratorio, como se dice en Roma. (1) Los pisos más altos se destinaron á viviendas de los Maestros; y dejando á sus colaboradores las habitaciones mejor situadas, reservóse para sí la más incómoda, como se reservó también la clase de los niños más pequeños, más pobres y más desgraciados. Casi todos los Maestros se

(1) Lo mismo se dice en España. (N. del T.)

alojaron en la casa, y se sentaron á la misma mesa, lo que dió al nuevo Establecimiento aire de verdadera Comunidad. Era un gran paso en la vida de José, acostumbrado á seguir los acontecimientos, sin adelantarse á ellos, ó más bien, á seguir la voluntad de Dios que se manifiesta ordinariamente por tales acontecimientos. Acostumbrado nuestro Santo á tenerse en nada, quería ponerse en el último lugar; deseaba que desapareciese siempre su persona; no atendía más que á la obra de Dios, y parecíale que cualquiera otro la llevaría mejor que él. Pero era tal el brillo de sus virtudes, y la estima en que le tenían sus compañeros, que unánimemente le suplicaron que fuera su Superior, deseosos de vivir unidos bajo su dirección. No hubiera cedido José, pero acordándose de que el Papa lo había animado y comprometido á fundar una Congregación de Clérigos Regulares para la dirección de las Escuelas, persuadido de que el mismo espíritu de Dios que había hablado por boca del Pontífice había inspirado á aquellos Eclesiásticos para que lo eligiesen por Superior, violentando su humildad, aceptó aquel cargo con el modesto nombre de Prefecto de las Escuelas Pías.

De este modo, en el Año Santo de 1600 comenzó la Congregación de las *Escuelas Pías* que cuenta hoy más de 300 años de existencia. Bien pronto la condujo José por el camino de la perfección. Muchas veces al día reunía sus piadosos obreros para la oración mental y vocal, y para las prácticas de penitencia y de todas las demás virtudes. Todos estaban con cierto orden empleados en la instrucción y en la educación cristiana de los niños, ya en la clase, ya en la capilla, y todos con santa solicitud buscaban las ocupaciones más bajas y más humildes. Y ¿cómo podían obrar de otro modo, viendo á tan santo y notable Superior, tan elevado por su nacimiento, por la fortuna y por los talentos, levantarse antes que sus compañeros, barrer las clases y las escaleras, ayudar en la cocina, y entregarse á los ejercicios más humildes? Verdadero imitador de nuestro Señor Jesucristo, no había ido á habitar con sus compañeros para ser servido, como lo era en el mundo, sino para servir. Todo su modo de vivir parecía repetir con San Pablo: «Era libre, y me he hecho esclavo de todos, para ganarlos á todos para Jesucristo».

Perfectamente dividido estaba el tiempo de las clases: se enseñaba en ellas á leer, escribir y contar, la gramática y aún las humanidades. Constantemente sucedíanse grupos de doce niños que iban al oratorio para recibir la instrucción espiritual de un sacerdote especialmente elegido para el caso. Método admirable desde doble punto de vista, porque en lugar de hacerla seglares generalmente poco ó no suficientemente instruidos en las verdades dogmáticas y morales de la fe, se escogía un teólogo, siempre el mismo, para enseñarlas á los niños. Por otra parte, bien sabido es lo poco que atienden los niños á las verdades abstractas, cuando se enseñan á gran número, pues

por la edad se distraen fácilmente. Aquella división de doce permitía más íntima solicitud, y obligaba á todos á estar atentos. Habíase reservado José para sí las clases más inferiores, y ayudaba á los maestros en las clases superiores, cuando era necesario. En la noche, como estaba acostumbrado á dormir tan poco, preparaba los temas de las conferencias espirituales, y cada día, y particularmente los sábados, las hacía él mismo á todos los alumnos juntos.

Aquella organización daba abundantes frutos no sólo para los alumnos, sino también para los maestros, que vivían así más animados y más fervorosos. Y no pocos de aquellos maestros que por diversos motivos salieron del naciente instituto, conservaron aquel celo, y lejos de escandalizar á la Iglesia con aquella apostasía, fueron maestros excelentes y muy buenos sacerdotes, inflamados de aquel celo por la salvación de las almas que habían adquirido en la compañía de José.

Organizado de esta manera todo en aquel nuevo local, aumentó el número de niños de modo inconcebible, llegando pronto á seiscientos. La mayor parte eran pobres. No sólo les proporcionaba José la enseñanza gratuita, sino que les daba también plumas, libros, tinta, papel, y no sólo no especulaba con las provisiones que hacía para las Escuelas, comerciando con ellas, sino que á muchos pobres les daba la comida. ¡Cuánto se ha adelantado la Iglesia á nuestras prácticas modernas! Es evidente que dar á los ricos la enseñanza gratuita, y darla con el dinero del contribuyente, es altamente injusto, y aun añadiré que es un robo, siendo pobres la mayor parte de los contribuyentes. Sería lo mismo exigirles directamente una retribución escolar, que hacérseles pagar mayor por los céntimos con que se aumenta, y que se exigen aun á los que no tienen hijos. Privar á los pobres de toda educación es mayor injusticia todavía: la Iglesia proveyó á todo esto con fundaciones piadosas, hechas libremente por los ricos en favor de los desheredados de la fortuna. Consagrando su patrimonio á esta obra, y pidiendo limosna, porque no alcanzaba, es San José el más hermoso ideal. Si hubieran seguido ese método los Institutos modernos, no se nos hubiera impuesto la Revolución que dispone de los inagotables recursos de los presupuestos del Estado.

Si caía enfermo algún niño, no creía José que habían concluido sus deberes en el umbral de las clases; iba pronto á visitarle, cuidaba de su alma, y le prestaba por sí mismo hasta los más bajos servicios. Citaremos entre mil un ejemplo que concuerda tan poco con las delicadezas de nuestro siglo. Los Santos han tenido en todo tiempo locuras santas. Estaba enfermo Félix Plantanidi, alumno de las Escuelas Pías. José, que había ido á visitarle, tuvo que esperar un poco en una habitación próxima: el niño había arrojado una medicina que había tomado en la mañana. De repente oye grandes gritos: acababa el niño de tener un síncope, tan fuerte era el dolor que sufría.

Entra José, lo toma en sus brazos, lo vuelve á poner en la cama, le compone las ropas, y después alienta á los padres y á las personas que acaban de llegar para ayudarle. Tales cuidados algo desagradables y hasta repugnantes estaba acostumbrado José á prestarlos á todo el mundo.

En la salida de tantos niños juntos después de las clases no dejaba de haber bastantes inconvenientes. Seiscientos niños que á la vez y á un mismo tiempo obstruían las calles de Roma ya de sí tan estrechas, se comprende que en el barrio habían de producir gran alboroto, siendo por su natural turbulentos, porque, contra lo que parece que creen ciertos Directores de Obras buenas, no había pretendido José haber suprimido el pecado original con sus consecuencias. Conocía muy bien las costumbres, la insolencia y el desenfado de aquella edad, y por eso había trabajado para quitarlos de la calle y de los lugares del vicio. Era necesario neutralizar, en cuanto fuera posible, los peligros que ofrecía la salida, y sobre todo, obligarles á volver inmediatamente á sus casas, concluyendo su responsabilidad en las mismas. En su infatigable caridad, pensó José conducirlos á su casa de dos en dos, con orden, como en una procesión, divididos en varias secciones según los barrios, y acompañada cada una por él y por los demás sacerdotes, y conservó esta práctica hasta sus últimos días, mientras sus fuerzas le permitieron salir. Manifestó Dios cuan grato le era aquel celo.

Un gran siervo de Dios, Religioso Dominicó, del cual hablaremos más extensamente, encontró una de aquellas secciones, y vió que la acompañaban los mismos ángeles. Era la misma visión que había tenido José en Urgel, como ya hemos dicho. Con gran emoción vió la ciudad entera de Roma tarde y mañana, en invierno y en verano, con malo y con buen tiempo, aquellas largas hileras de niños, tan bien alineados, tan modestos que ya no incomodaban á los transeuntes con sus gritos y sus palabras á veces tan escandalosas, ni tampoco obstruían las calles. Todos bendecían á Dios, y entreveían la regeneración de la sociedad con tan buena educación. Queriendo darse cuenta de aquella transformación maravillosa los más grandes personajes, iban á visitar las Escuelas, y volvían más entusiasmados aún del buen orden que reinaba en ellas. Rugía el demonio ante tales éxitos, y se vengó en José.

Sublevó contra él todos los Maestros de la Ciudad, porque quedaban desiertas sus clases, viendo los padres y los niños que aquella educación era superior, y sobre todo, gratuita. Por lo demás, no había hecho José más que seguir sus consejos, encargándose él mismo de lo que habían despreciado ellos, esto es, de tomar gratuitamente cierto número de niños. Subleváronse contra él como contra un ladrón público aquellos Maestros que atribuían á José las pérdidas que tenían en sus escuelas. Trataron de infamarle con abominables calumnias lo mismo en las casas particulares que en los lugares públicos. Se propusieron

abrumarle de injurias hasta obligarle á salir de la ciudad, quedando ellos libres. Llegaron hasta conspirar contra su vida, no pudiendo librarse de sus maquinaciones sin especial auxilio del cielo. Se vengó rogando por ellos: los excusó, diciendo que tenían motivos para mirarle mal, pues les había quitado el pan: pidió á Dios que les compensase de alguna manera el perjuicio que se les causaba. Apenas si podemos comprender excesos semejantes, pero hemos sido testigos en nuestros días de actos parecidos, cuando la Universidad ha echado á la calle á los que no podía vencer en leal concurso, lo que viene á ser peor que asesinar.

En este año de 1600, reemplazó sus peregrinaciones á las siete Basílicas por las Iglesias designadas para ganar el Jubileo, y todos los días cumplía con esta condición. Entre la muchedumbre de peregrinos que llegó á Roma, había muchos herejes atraídos quizá por la curiosidad y por el deseo de ver aquellas ceremonias. Clemente VIII designó los Cardenales Pablo Sfrondate, y Camilo Borghese para evangelizarlos y aun para enseñarles las humanidades, si lo deseaban. Al punto recomendó con el mayor fervor á José el Cardenal Borghese aquella buena obra, el cual se ocupó en ella con tan buenos auspicios que en el mes de julio cincuenta herejes abjuraron en sus manos sus errores. Extendíase su caridad á los romanos; pero sobre todo á los extranjeros que acudían de toda la cristiandad á ganar el jubileo. Además de las limosnas particulares, les prestaba servicios de todo género, lavándoles los pies, sirviéndoles á la mesa, y preparando las camas en la casa de la Archicofradía de la Trinidad de los Peregrinos. Hacía mucho tiempo que acudía á las reuniones de aquella Asociación, cumpliendo exactamente su Reglamento; y en 10 de julio de este Año Santo se inscribió en ella definitivamente. Ahora podemos decir algo sobre esta Archicofradía y sobre los servicios que prestaba.

Hacía muchos años que había sido fundada, cuando la aprobó el Papa Pío IV en 1560. (1) Su objeto era buscar alojamiento y dar de comer á los peregrinos tres días, y á veces, más. Durante los Jubileos era un trabajo abrumador; pero casi nulo en los intervalos de los Años Santos, si no hubieran cargado con otras obligaciones los Cofrades. En ese tiempo recibían á los pobres convalecientes que salían de los hospitales, proporcionándoles alimento é instrucción religiosa, la que iba siempre unida en Roma á los cuidados del cuerpo. Más tarde se añadió la predicación diaria á los judíos. A todo se obligó José, y no sólo cumplió con escrupulosa exactitud todas las obligaciones, sino que hacía que las cumpliesen también sus colaboradores de las Escuelas Pías.

Había sido de los Fundadores de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sufragio, para alivio de las Almas del Purgatorio. Con el célebre Cardenal Baronio, del Oratorio, había escrito los

(1) Pío IV. Constitución ILLIUS QUI, 29 de abril de 1560.

Estatutos que fueron aprobados por el Cardenal Vicario, y elevada por fin á Archicofradía por el Papa Clemente VIII. (1) Sin embargo, ocupado en el Palacio Colonna, no había querido inscribirse como Cofrade, temiendo que no pudiera atender á tantas obligaciones; pero habiendo renunciado á sus antiguas funciones, pronto se hizo miembro activo de aquella Cofradía, en 17 de noviembre 1600. Se consideraba feliz viéndose vestido del saco de los cofrades, y consiguiendo que entrasen nuevos miembros: y por su solicitud obtuvo de Clemente VIII la Asociación que cada año se indultase á un condenado á muerte. (2) Propuso á la Cofradía de las Llagas una procesión solemne que produjo gran efecto en Roma, y despertó gran devoción en el corazón de todos los fieles.

A pesar de tantos ejercicios de celo, nada omitió José de cuanto debía á sus antiguas Cofradías. En 1600 se le ve nombrado en los registros de la Doctrina Cristiana, Visitador de las Escuelas de niñas. En la reunión de 1.º de julio de 1601, verificada en el palacio de Médicis entre ciento sesenta y cuatro electores, fué uno de los tres que en el primer escrutinio tuvieron más votos para la Presidencia, y ya iban á nombrarlo por unanimidad, cuando, acercándose al Cardenal, le dijo en voz baja, que por el trabajo abrumador que le imponían sus nuevas Escuelas, se vería en la necesidad de presentar la dimisión incontinenti, si era elegido. El Cardenal, expuso á la Asamblea su demanda, y á pesar de las poderosas razones que alegó, todavía se obstinaron sesenta en darle su voto, pero los otros ciento, accediendo á sus deseos, nombraron, muy á su pesar, al Señor Cifori. Sin embargo, para manifestar lo gustoso que pertenecía á la Cofradía, aceptó los cargos de Visitador de Escuelas y Enfermero, y en el mes de agosto siguiente, el de Celador espiritual. Aumentaba más y más cada día la popularidad de las Escuelas Pías en todas las clases sociales, produciendo frutos abundantísimos. Referiremos entre varios un hecho que revelará la educación cristiana que allí recibían los niños. Se hallaba en Roma Mgr. Guidricioni, Obispo de Lucca: paseábase un día por el jardín, cuando oyó la voz de un niño que decía: «Padre, repita lo que yo digo: Señor mío Jesucristo, me arrepiento con todo mi corazón de haberos ofendido» Acudió el Obispo con diligencia al lugar del suceso, y vió al pobre hortelano que, queriendo coger algunas frutas para ofrecérselas, había caído del árbol, y estaba colgado de una rama á gran altura. Si se tronchaba la rama, podría romperse la cabeza en el suelo. Pronto acudieron los sirvientes, y bajaron al pobre hortelano. Pasado el peligro, admirado el Obispo de la sangre fría de aquel niño de ocho años, que tales sentimientos de contrición inspirara á su padre, le preguntó quién le había enseñado aquellas cosas: «Las aprendo en las

(1) Clemens VIII. Const. EX DEBITO, 9 de septiembre de 1594.

(2) Clemens VIII Const. PIAS CHRISTI 10 de marzo de 1603.